

Un hotel, una misión y una estancia: algunos lugares de investigación zoológica en América del Sur (1890-1920)

SUSANA GARCÍA

CONICET-Museo de La Plata, Argentina

Resumen

Este trabajo analiza tres sitios donde se realizaron investigaciones embriológicas sobre animales sudamericanos entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX: un puesto misionero en el Chaco paraguayo, un hotel en las sierras cordobesas y una estancia en la costa rioplatense, estos dos últimos en la Argentina. El estudio del funcionamiento de estos lugares y de los personajes que por allí pasaron permite ver cómo estos sitios sirvieron de nodos en los itinerarios de los científicos y en la recopilación y circulación de objetos e información. Ello muestra la variedad de los lugares de trabajo científico y su relación con las infraestructuras que modelan la formación y ocupación del territorio.

Palabras claves: investigaciones zoológicas; América del Sur; misioneros; turismo; estancias

Abstract

This paper analyses three sites where research on the development of some South American animals was carried out between the end of the nineteenth and the beginning of the twentieth centuries: a missionary post in the Paraguayan Chaco, a hotel located in the Sierras of Córdoba, and a livestock farm on the coast of the Río de la Plata, the latter two in Argentina. The study of how these places functioned and of the people who passed through them allows us to see how these sites served as nodes in the itineraries of the scientists and in the gathering and circulation of objects and information. This shows the variety of places for conducting scientific

work and their relationship to the infrastructures that shape the formation and occupation of the territory.

Keywords: zoological research; South America; missionaries; tourism; ranches

La historia de la ciencia de los últimos 30 años se ha ocupado de analizar los lugares, las infraestructuras y los desafíos logísticos asociados a las prácticas coleccionistas. Lejos de la concepción tradicional, donde la ciencia aparece situada en determinados centros y alrededor de personajes consagrados, ahora la actividad científica también se comprende como el resultado del trabajo de múltiples actores en espacios tan diversos como los pubs ingleses,¹ las estaciones de los pilotos,² los barcos,³ las estaciones balleneras,⁴ los hoteles y chacras,⁵ entre otros. La reconstrucción microhistórica del funcionamiento de estos lugares y de los personajes que por allí pasaron permite ver cómo estos sitios conformaron nodos en los itinerarios de los científicos y en la recopilación y circulación de objetos e información, no siempre atados a intereses imperiales o estatales. Precisamente este trabajo mapea una serie de lugares donde se formaron colecciones y se estudiaron animales endémicos de América del Sur, que no respondían a esos mandatos sino a las agendas científicas y las motivaciones particulares de los científicos.

Este artículo examina tres tipos de emplazamiento donde se investigó el desarrollo de animales endémicos de América del Sur entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX: un puesto misionero anglicano en el Chaco paraguayo, un gran hotel ubicado en las sierras cordobesas y una estancia en la costa bonaerense, estos dos últimos en la Argentina. El primero permitió a un joven graduado de la Universidad de Cambridge, el naturalista escocés John Graham Kerr (1869-1957), indagar la embriología del pez pulmonado americano (*Lepidosiren paradoxa*), un organismo considerado una forma “intermedia” entre los peces y los reptiles y de gran interés para la ciencia decimonónica, mientras su compañero, John Samuel Budgett (1872-1904), se dedicó a los batracios de la zona. Los otros dos lugares proveyeron las condiciones para que el zoólogo argentino Miguel Fernández (1882-1950), formado en las universidades de lengua alemana donde se promovía la embriología descriptiva y evolutiva,⁶ estudiara el desarrollo de algunas aves consideradas como formas “primitivas”. La estadía en el hotel cordobés también fue aprovechada para las investigaciones de su esposa alemana, Kati Marcinowski (1877-1955), sobre la reproducción y crecimiento de los batracios, continuando los trabajos de Budgett.

Este trabajo analiza las características de cada uno de estos emplazamientos, especialmente su ubicación dentro de las redes de transporte, edificación y actividades, buscando mostrar la variedad de lugares para el trabajo científico

en el contexto de América del Sur a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. En cierto modo, los tres funcionaron como “estaciones de campo” para las investigaciones zoológicas.⁷ Aunque no fueron construidos como tales ni dependieron de las instituciones científicas, facilitaron alojamiento, colaboración y condiciones para examinar la reproducción de animales en su entorno natural y en condiciones controladas, así como la obtención de material vivo y fresco para formar series de embriones, ya sea en la forma de preparados, dibujos o fotografías.

Por otra parte, los casos examinados permiten apreciar la articulación entre el “trabajo de campo” y las infraestructuras que modelan la formación y ocupación del territorio: los medios de comunicación y transporte de información, objetos y personas (navegación, ferrocarriles, caminos), las trazas arquitectónicas (residencias, hoteles, puestos misioneros) y los tipos de explotación del territorio (turísticas, misionales, ganaderas).⁸ La disponibilidad de transporte y alojamiento hicieron accesibles los sitios para el trabajo de “campo”, un espacio donde la naturaleza está mediada por las estructuras de la vida social.⁹ Los emplazamientos acá analizados fueron visitados también por otros naturalistas, demostrando cómo ciertos lugares se consolidan en los itinerarios científicos gracias a las noticias que circulan a través de las publicaciones, las colecciones reunidas, las charlas entre científicos, los contactos ocasionales, las invitaciones de los aficionados o la promoción turística. Estos lugares privados, no construidos para la ciencia ni dependientes de las instituciones científicas, pudieron actuar como espacios de encuentro, conversación y de prácticas científicas, conectando a los naturalistas con diversas personas, algunas interesadas en las ciencias y otras no tanto.

La misión anglicana en el Chaco paraguayo

La South American Missionary Society, con sede en Londres, es una de las experiencias misioneras protestantes más destacadas en Sudamérica.¹⁰ Su trabajo inicial se centró en las islas y canales australes y en 1869 recibió el reconocimiento oficial de la Iglesia anglicana de Inglaterra, adquiriendo una estructura más compleja para reunir fondos y apoyos y extender su radio de acción en el continente. Sus establecimientos en lugares inhóspitos sirvieron de base para el trabajo científico, al igual que los puestos misioneros protestantes en otros continentes. En particular, la misión en el Chaco paraguayo, iniciada en 1888,¹¹ facilitó la logística, la intermediación de los misioneros y la ayuda de los residentes indígenas para formar colecciones y estudiar la fauna local, fundamentalmente la única especie americana de pez pulmonado (*Lepidosiren*

paradoxa) de gran interés para la ciencia decimonónica. Otras especies de los llamados peces pulmonados habitan en África tropical y una, en Australia. Cuando los primeros ejemplares sudamericanos y africanos llegaron a Europa en la década de 1830, los naturalistas se enfrentaron al problema de su clasificación por la mezcla de caracteres ictiológicos y herpetológicos que presentaban.¹² Posteriormente fueron considerados como “formas intermedias” y “primitivas”, cobrando importancia para comprender el origen de los vertebrados terrestres. Estos organismos se volvieron objetos codiciados en la ciencia y el comercio de la historia natural, mientras su investigación embriológica parecía un buen paso para iniciar una carrera académica entre los jóvenes morfólogos.¹³

Los primeros ejemplares sudamericanos conocidos en Europa fueron recolectados en la región amazónica y llegaron en 1837, siendo clasificados inicialmente como reptiles. Hasta la década de 1890, fueron muy escasos en los museos europeos, siendo: “one of the great desiderate of Natural History Collections”.¹⁴ En 1894, el naturalista alemán Jan Bohls (1863-1950) reportó su hallazgo en Paraguay. Había viajado a Sudamérica contratado por el Museo de Hamburgo para recolectar diversos animales, entre ellos, este codiciado organismo. De paso por Buenos Aires, el director del Museo Nacional de Buenos Aires informó a Bohls de su captura en la confluencia de los ríos Paraná-Paraguay. Bohls dedicó dos años a su búsqueda, entrevistando a pescadores de Asunción y a residentes indígenas del norte del Paraguay, quienes no lo conocían o no reconocían las descripciones e imágenes dadas por este alemán. Finalmente, gracias al misionero escocés Wilfred Barbrooke Grubb (1865-1930), encargado de la misión paraguaya desde 1889,¹⁵ reunió una importante colección de lepidosirenas. Acompañado de Grubb, pudo visitar el enclave misionero Thlagnasinkinmith en el interior del Chaco paraguayo, una zona poco frecuentada por los europeos donde vivía el grupo indígena “Lengua” (Enxet), que se alimentaba de este pez. Cuando Bohls y Grubb llegaron, estos estaban preparando la cena con lepidosirenas. El naturalista alemán degustó esa comida, mientras explicaba el valor científico de ese animal, un aspecto desconocido por los misioneros que hasta ese momento no habían prestado atención a ese organismo.¹⁶ Bohls logró coleccionar una buena cantidad de lepidosirenas gracias a los indígenas vinculados al trabajo misionero. La captura del *Lepidosiren* o loalach, como lo llamaban localmente, implicaba un conocimiento práctico de su hábitat y movimientos y un ojo entrenado para localizarlos en los pantanos llenos de vegetación. Los indígenas disponían de un instrumento especial para su pesca y un sistema para transportar estos pesados peces. Además de brindar detalles sobre su captura, Bohls publicó información sobre el ambiente, alimentación y época de reproducción de estos animales.¹⁷ Dejó el Chaco en octubre al comenzar las lluvias y el período de desove, pero no pudo hallar huevos maduros

para las investigaciones embriológicas. Tampoco logró transportar ejemplares vivos hasta el Río Paraguay para embarcarlos hacia Buenos Aires y de ahí a Europa, aunque pudo regresar con varias decenas de especímenes conservados para los museos alemanes y otros comprados por las instituciones inglesas que pagaron un buen precio.¹⁸

Tras la publicación de Bohls, el naturalista escocés John Graham Kerr, recién graduado en la Universidad de Cambridge, proyectó una expedición al Gran Chaco para estudiar la embriología de este animal. Kerr había estado en esa región entre 1889 y 1891, cuando interrumpió sus estudios de medicina en Edimburgo para participar como naturalista en una exploración naval por el Río Pilcomayo, patrocinada por la Armada argentina.¹⁹ La expedición, mal administrada, estuvo llena de inconvenientes, incluyendo la muerte del capitán, el norteamericano Juan Page (1842-1890). Kerr logró escapar a un motín y, auxiliado por los indígenas del grupo Natokoi llegó al Río Paraguay, pudiendo contactarse con el cónsul británico en Asunción, el médico escocés William Stewart (1842-1916), y otros británicos. Al retornar a Inglaterra, decidió estudiar ciencias naturales y se matriculó en la Escuela de Zoología de la Universidad de Cambridge, por entonces un centro importante de investigaciones morfológicas y embriológicas, donde se promovía la reconstrucción de los árboles filogenéticos por medio del estudio y comparación del desarrollo ontogenético de las formas consideradas “primitivas”.²⁰ Una importante parte de la enseñanza de esta escuela se dedicaba a la embriología “in which the student was able to view with his own eyes the process of evolution at work”.²¹

A fines de agosto de 1896, Kerr llegó al Río de la Plata, acompañado por John Samuel Budgett, otro estudiante de Cambridge, conocido por sus cuidadosas preparaciones anatómicas y su pericia para mantener animales vivos en cautiverio, habilidades importantes para las investigaciones a realizar. Al igual que otras expediciones para estudiar la embriología de especies no europeas, se contó con un subsidio de la Fundación Balfour de la Universidad de Cambridge. El plan original de Kerr era trabajar en el territorio de los Natokoi, un grupo indígena con poco contacto con las poblaciones blancas y que calculaba que volverían a prestarle ayuda. Pero el itinerario cambió en la navegación de Buenos Aires a Asunción, donde en el barco conocieron a un misionero escocés que iba a la estación chaqueña de la South American Missionary Society. Al escuchar el nombre del director de esta misión, Kerr recordó la referencia de Bohl sobre la ayuda de un europeo llamado “Grubb” y decidió visitar a los misioneros.

La misión anglicana en el Chaco paraguayo había comenzado a organizarse a fines de la década de 1880, contando con el apoyo del cónsul británico Stewart, uno de los contactos de Kerr, y que también se desempeñaba como agente de un consejo de extranjeros tenedores de bonos, un grupo de terratenientes britá-

nicos que poseían miles de hectáreas en ese territorio indígena. En Asunción, Kerr se reunió con Stewart, visitó oficiales del gobierno paraguayo y adquirió ropa, mosquiteros y otros elementos adecuados para la estadía en el Chaco. Después se dirigieron a Villa Concepción, un puerto de exportación de yerba mate conectado por la navegación a vapor con Asunción, donde los misioneros ingleses disponían de una sede de aprovisionamiento y comunicación sobre la margen izquierda (chaqueña) del Río Paraguay. Allí, Kerr no encontró a Grubb que había viajado a Inglaterra, pero su segundo accedió a los planes de investigación, asegurándoles el traslado y alojamiento en la llamada Estación Central en el interior del Chaco, donde por entonces se realizaba el principal trabajo misionero.

La Estación Central se había creado el año anterior en un paraje elevado para evitar las inundaciones que habían sufrido los puestos anteriores.²² Se ubicaba en un lugar denominado Waikthlatingmayalwa, donde residía una parcialidad de los indios Lengua conocida como “paisiaptó” o “gente de comida negra”, ya que su principal fuente de alimentación era un pez de carne oscura, de forma de anguila, que abundaba en los pantanos de la zona, y que resultó ser la búsqueda lepidosirena. El lugar se encontraba a varios días de viaje del Río Paraguay. Se podía llegar a caballo y/o en canoa en una semana, mientras las provisiones y el equipaje se transportaban en carretas tiradas por bueyes, tardando más del doble de tiempo. La travesía podía ser más larga y dificultosa en los meses lluviosos, cuando se formaban extensos pantanos donde no faltaban los yacarés y mosquitos. Miembros de la misión acompañaron a los jóvenes ingleses y les facilitaron el traslado del delicado equipamiento de laboratorio en carretas desde otro enclave de los misioneros en Carayá Vuelta, una estancia al norte de Concepción, hasta el puesto en el interior del Chaco: “thus through the aid given by these excellent missionaries the entire problem of Lepidosiren expedition was enormously simplified from what had been my original scheme”.²³

Como reconoció Kerr, con ello se resolvieron varios de los problemas logísticos en una zona pantanosa y en donde no había caminos, medios de comunicación ni sistemas de transporte regulares. Tampoco hospedajes ni lugares de provisión de alimentos, más allá de la estación misionera. Por entonces, el puesto en Waikthlatingmayalwa contaba con corrales, ganado y huertas. Residían dos misioneros británicos, Andrew Pride y Richard Hunt (1874-1938), acompañados por un cocinero y un dispensero, ambos alemanes. La casa misionera era una larga construcción de madera de palmeras, bajo cuya veranda se instalaron las camas de Kerr y su compañero y se improvisó un espacio de laboratorio: “here we have fixed up a rough table, with packing cases on which to sit and with bottles of reagents, microscopes, dissecting instruments and so on, all arranged so as to be readily available. Amongst our large amount of glassware and other

fragile bits of equipment there is not a single breakage in spite of the rough jolting on the journey over-land".²⁴

El cuidado de los misioneros y las provisiones en el embalaje permitieron que los materiales de laboratorio arribaran intactos al interior del Gran Chaco. Al llegar a Waikthlatingmayalwa, Kerr encontró a los indígenas preparando una sopa de "loalach" que probó con "mucho gusto".²⁵ Posteriormente su maestro en Cambridge se escandalizaría de "ese uso sacrílego del sagrado *Lepidosiren*".²⁶ Pero en el campo, el uso mundano de los objetos sacralizados por la ciencia era una ventaja para los naturalistas. Los peces pulmonados constituían un elemento cotidiano e importante de la dieta de los nativos, quienes capturaban grandes cantidades en un estero vecino al puesto misionero. Eso resolvía un segundo problema para los objetivos de la expedición: la posibilidad de encontrar abundantes ejemplares en la zona. La llegada de Kerr y Budgett coincidió con el comienzo de la época de lluvias, lo que según los indígenas forzaría a las lepidosirenas a salir de sus "madrigueras" de la estación seca. Con las fuertes lluvias comenzaba el desove, lo que permitiría estudiar las etapas tempranas y desconocidas del crecimiento de este animal. El conocimiento indígena colaboró no sólo para encontrar y capturar el "loalach" en sus distintos estadios de desarrollo, sino también para explicar algunos rasgos peculiares de su anatomía, como la función de una estructura observada en los miembros posteriores de los machos. Según los indígenas, luego de producido el desove, el macho permanecía en la madriguera para proteger los huevos. Esto dio la clave a Kerr para argumentar que los filamentos vasculares en los miembros de los machos debían actuar como un órgano respiratorio temporal (una especie de branquia) a fin de evitar subir a la superficie para respirar, dejando los huevos desprotegidos. Esta interpretación, a su vez, serviría para apoyar la teoría sobre el origen de los miembros pares de los animales vertebrados a partir de branquias externas modificadas.

Durante la estadía en Waikthlatingmayalwa, los indígenas identificaron y recogieron numerosos huevos de lepidosirena en los pantanos cercanos, llevándolos hasta el improvisado laboratorio, donde Kerr pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en la observación, dibujo y estudio preliminar de los embriones, así como en la preparación y fijación de las muestras para que estas posteriormente sirvieran para los análisis histológicos y anatómicos en Cambridge. Kerr reconoció la ayuda indígena, la cual "was given in return for payment, reinforced by the influence of the missionaries and also by the belief of the Indians – natural enough in view of my strange pursuits – that I was a particularly potent witch-doctor."²⁷

La relación con los informantes y colaboradores locales determinaba qué se podía encontrar en esos territorios poco controlados por la ciencia y las

instituciones. Como han señalado varios historiadores, uno de los rasgos de las prácticas del trabajo de campo fue la necesidad de negociar la obtención de objetos con actores que no compartían los códigos del científico que llegaba con instrumentos y prácticas extrañas y con un interés por recolectar las cosas que formaban parte de la cotidianidad y el entorno de esos actores.²⁸ En el puesto chaqueño, los misioneros actuaron como mediadores lingüísticos y culturales entre los naturalistas y los indígenas. También siguieron actuando como proveedores de ejemplares e información a los zoólogos de Cambridge, tras su partida del Chaco. Para ello, Kerr les dejó instrucciones sobre qué observar sobre las lepidosirenas en la época seca, algo que él no pudo presenciar. Recordemos que los investigadores, en tanto que “visitantes” en el campo, frecuentemente fueron testigos sólo de eventos singulares o acotados temporal o estacionalmente y que para hacer sus informes más completos debieron recurrir a las observaciones de los residentes. Además de los misioneros, los asistentes y guías indígenas desempeñaron un papel importante brindando información sobre los ciclos de vida y hábitos de la lepidosirena y sobre todo reuniendo los especímenes requeridos por los científicos. Este tipo de reconocimiento aparece más en los relatos de los viajes o en la correspondencia que en las publicaciones científicas, más concentradas en los resultados que en las circunstancias que los hicieron posible.

Kerr y Budgett permanecieron en el puesto misionero varios meses durante toda la estación lluviosa, lo que permitió a Kerr formar una colección bastante completa del desarrollo del pez pulmonado y a Budgett reunir material embriológico de veinticuatro especies de anfibios y de otros peces de la zona. Completaron el viaje a Sudamérica, visitando otras zonas de Paraguay, Buenos Aires y algunas estancias bonaerenses en manos de familias o mayordomos británicos, donde reunieron especímenes raros de armadillos y fósiles pampeanos. Estos jóvenes zoólogos regresaron a Inglaterra con un valioso material embriológico y colecciones generales de la fauna chaqueña, pero no lograron llevar vivos los peces pulmonados. Estos murieron en Buenos Aires mientras se esperaba el siguiente trasatlántico para Inglaterra. Al regresar, Kerr obtuvo un cargo en la cátedra de morfología animal en la Universidad de Cambridge, presentó varias comunicaciones sobre el *Lepidosiren*, exhibiendo los materiales reunidos y recibiendo premios y honores por el éxito de la expedición. Por su parte, Budgett escribió un trabajo sobre los batracios del Chaco y comenzó una serie de expediciones a África para reunir colecciones embriológicas de los peces pulmonados de ese continente y de otra forma primitiva de peces (*Polypterus*), falleciendo en 1904 de las enfermedades contraídas en esos viajes.

La misión anglicana en el Chaco continuó siendo un referente para el trabajo de otros zoólogos interesados en la reproducción, respiración y otras características de ese pez pulmonado. En 1908, Kerr envió ahí a uno de sus estudiantes,

Wilfred E. Agar (1882-1951), para investigar las células reproductoras de las lepidosirenas, cuyo gran tamaño presentaban un buen modelo para el estudio de los cromosomas, un tema que comenzaba a estar en boga en esos años. Posteriormente, en 1926, otros dos investigadores británicos, siguiendo los textos de Kerr y el misionero Hunt, pasaron una estadía en la misma zona para investigar sobre el desarrollo y la fisiología de este curioso organismo y otros animales de los pantanos chaqueños. La guerra del Chaco (1932-1935) entre Paraguay y Bolivia clausuró por un tiempo las investigaciones en esa región.

Por su parte, Kerr siguió por muchos años en contacto con los misioneros Pride y Hunt. Estos le enviaron observaciones sobre la lepidosirena en la estación seca, ejemplares albinos y otras muestras que se conservan en la Universidad de Glasgow. También lo visitaron en Inglaterra. Pride, además, remitió objetos etnográficos al British Museum y se volvió un botánico aficionado, confeccionando herbarios con la flora del Chaco que ofreció al Jardín Botánico de Kew, al mismo tiempo que solicitaba consejos para mejorar sus preparaciones. Como en otros casos, la actividad de los científicos en el campo activó el interés de los residentes locales por colaborar con la ciencia. Las conversaciones entre los naturalistas y los misioneros, mientras cenaban lepidosirenas, promovieron entre estos últimos el conocimiento e interés por estos animales. De hecho, después de la visita de los naturalistas, los misioneros incorporaron algunas referencias sobre las lepidosirenas en sus publicaciones sobre el trabajo de la misión, donde incluyeron descripciones geográficas y etnográficas.²⁹

El Hotel Edén en las sierras cordobesas

Los grandes hoteles en las sierras, las montañas o al costado del mar fueron otro tipo de establecimiento donde los naturalistas pudieron disponer de alojamiento, transporte, colaboradores para la recolección de especímenes, comodidades para formar colecciones y espacios para conversar sobre sus investigaciones. Entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX se crearon grandes instalaciones hoteleras en la Argentina destinadas a las clases altas, que dieron forma a nuevos espacios de ocupación del territorio y a una sociabilidad vinculada al descanso terapéutico, las excursiones por la naturaleza, las reuniones y las diversiones de las familias acaudaladas y de los círculos políticos.³⁰ Ocio y negocios se combinaron en esos espacios, donde los profesores universitarios aprovecharon para hacer contactos, observaciones y colecciones para sus investigaciones. Este aspecto aún no ha sido tratado por la historiografía de las ciencias de la Argentina, más concentrada en torno a los grandes museos e instituciones universitarias que en analizar otros lugares de sociabilidad y prácticas científicas.

Esos hoteles se destacaron por sus grandes dimensiones y el lujo de sus instalaciones en territorios hasta entonces “vacíos” de población y urbanización.³¹ Los importantes grupos inversores detrás de estas iniciativas con acceso directo a los espacios de poder permitieron disponer de estaciones de ferrocarril, facilidades de financiamiento y la publicidad asegurada para sus eventos de temporada. De esta manera, el Hotel Edén en las sierras de la provincia de Córdoba, al igual que otros grandes emplazamientos turísticos de la época, contó con una infraestructura de transporte para la cómoda movilidad de los huéspedes.

Este hotel fue inaugurado en 1898, en un terreno de unas 900 hectáreas de la estancia “La Falda”.³² Sus propietarios y administradores fueron alemanes. Su primer propietario fue el ex-coronel alemán Roberto Bahlcke, dedicado al rubro hotelero, asociado con Juan Kuhrt, un próspero comerciante, cónsul de Suiza en Córdoba y propietario de una estancia cercana, y con la alemana María Herbert de Kräutner. Contando con un crédito de la firma de Ernesto Tornquist, uno de los principales grupos inversionistas de la Argentina e involucrado también en la construcción de otros grandes hoteles de la época, el Hotel Edén se edificó con instalaciones lujosas, incluida una usina para generar luz eléctrica, cámara frigorífica, calefacción central e importantes obras de captación de agua potable. Albergaba un comedor para 250 comensales, proveyéndose los alimentos de sus propios cultivos y animales.

Tuvo la afluencia de pasajeros distinguidos y del Club turista (integrado por ingenieros, comerciantes, médicos y profesionales), pero los gastos superaban las ganancias y en 1904, su primer propietario presentó la quiebra. La señora Kräutner quedó al frente del negocio y en 1912, lo vendió a los hermanos alemanes Walter y Bruno Eichhorn, quienes lo administraron por más de tres décadas junto a sus esposas alemanas, Ida Bonfert y Margarita Glever. El hotel comenzó a ser más redituable durante la Primera Guerra Mundial, cuando las clases altas argentinas interrumpieron sus viajes a Europa y se volcaron hacia el turismo “terapéutico” interno y la estadía en las sierras.³³

Al crearse el hotel, se había logrado que el ferrocarril extendiera su recorrido hasta la parada “Km 78”, cerca de la entrada del establecimiento, para facilitar la llegada de los huéspedes. Como otros grandes hoteles, disponía de una agencia del Expreso Villalonga, la principal empresa de transporte de equipaje y mudanzas de la época, encargada de conducir los bártulos de los visitantes desde su domicilio hasta las habitaciones del hotel, así como del envío de fondos o encomiendas. El hotel tenía, además, una oficina telegráfica para una comunicación rápida y con servicio postal propio, gracias a lo cual los huéspedes podían estar al tanto de sus negocios o los profesores universitarios de las reuniones a las que debían asistir. Así, por ejemplo, algunos científicos del Museo de La Plata, como el geógrafo suizo Enrique Delachaux (1864-1908) en febrero

de 1906 y el químico argentino Enrique Herrero Ducloux (1877-1962) en el verano de 1908, mantuvieron comunicación telegráfica con el museo durante su estadía.³⁴ Este último aprovechó su descanso en las sierras para reunir unas 30 especies de helechos, numerosos insectos y rocas para otros investigadores del museo, así como unos 17 kilos de plantas con propiedades medicinales,³⁵ seguramente para análisis fitoquímicos y las clases prácticas de química y farmacia. Los servicios de transporte de estos hoteles facilitaban la movilidad de las colecciones reunidas en las vacaciones familiares. Por entonces, el viaje en ferrocarril entre este hotel y Buenos Aires tardaba unas 20 horas, y un poco menos si tomaba una combinación con el ramal de Rosario.

El hotel se promocionaba como una “estación climatérica” con bellezas naturales y una “pureza de ambiente” como las de Italia, Alemania y Suiza. Estaba emplazado entre las sierras, a unos 950 metros sobre el nivel del mar. Ubicado en plena naturaleza “disponía de todas las comodidades y confort de la ciudad” y de “todos los halagos de la vida social”, según se publicitaba en la década de 1910. Por entonces, disponía de 110 habitaciones con numerosos baños compartidos y departamentos familiares con baño propio, agua corriente provista de manantiales, luz eléctrica, calefacción central, salón de baile y conciertos, salas de lectura, piletas de natación, canchas para diferentes deportes, caballos y coches para excursiones. Abarcaba varias hectáreas y contaba con huertas, frutales, ganado, animales de granja y corrales para el abastecimiento y procesado de todos los alimentos. La cría de diversas aves seguramente favoreció la realización de investigaciones embriológicas sobre especies de las llamadas “perdices” (inambúes), pertenecientes a una familia de aves americanas (Tinamidae) no relacionada taxonómicamente con las del Viejo Mundo (orden Galliformes, familia Phasianidae), pero igualmente apreciadas en la gastronomía y la caza deportiva.

A fines de 1916, uno de los profesores de zoología del Museo de La Plata, Miguel Fernández, y su esposa alemana, Kati Marcinowski, pasaron alrededor de dos meses en este hotel, aprovechando el descanso académico para investigar la embriología de las perdices y también para hacer observaciones sobre los batracios de la zona, el tema de investigación de ella. Este zoólogo de nacionalidad argentina-alemana vivió su infancia en una propiedad rural en la provincia de Buenos Aires, pasó su juventud en Montevideo y se doctoró en zoología y en anatomía comparada en la Universidad de Zúrich, donde también se formó su futura esposa. Completó su entrenamiento en otras instituciones europeas de lengua alemana y en 1906 se radicó en La Plata, convocado como profesor en la recién creada Facultad de Ciencias Naturales en el museo platense, cuando esta institución se integró a la nueva Universidad Nacional de La Plata.³⁶ Desde su llegada a La Plata, Fernández se dedicó a estudiar la embriología de animales

nativos de la región, como los armadillos, dando a conocer el fenómeno de la “poliembriónía específica” de la mulita, de la que pudo obtener miles de ejemplares vivos y hembras preñadas en los mercados de Buenos Aires y La Plata, ya que su carne era muy apreciada en la época.³⁷ Algunos especímenes le fueron remitidos por su madre desde Montevideo y otros por colaboradores desde campos de las provincias de Buenos Aires y Córdoba. Fernández participará, al igual que Kerr, en el proyecto colectivo e internacional de documentar el desarrollo embriológico de distintos animales a partir del ordenamiento secuencial de cortes, imágenes y descripciones estandarizadas, como base para la anatomía comparativa y evolutiva.³⁸ Sus investigaciones fueron secundadas por su esposa Kati, descendiente de una familia aristocrática alemana y con quien se casaría en Europa en 1909. Al radicarse en la Argentina, ella se dedicó a investigar sobre los batracios sudamericanos y también colaboró con los trabajos y la enseñanza que su marido promovía en el Laboratorio de Zoología del museo platense.³⁹ En su casa en La Plata, el matrimonio Fernández ensayó la cría de diferentes animales para estudiar su reproducción y desarrollo, así como el cruzamiento de pequeños mamíferos (cuis común y cobayo) para analizar cuestiones de herencia.⁴⁰ A mediados de la década de 1910, Fernández comenzó a coleccionar embriones de las “perdices” sudamericanas, consideradas una forma “primitiva” de ave por los morfólogos de la época. En octubre de 1915, recibió una remesa de huevos de un campo de Córdoba de la llamada “perdiz común” (*Nothura maculosa*), pudiendo incubar algunos para tener distintos estadios de desarrollo. No obstante, parte de los embriones no parecieron presentar una estructura normal, sospechando que sus alteraciones se debían a las sacudidas del viaje.⁴¹

En la siguiente temporada de reproducción de estas aves, el matrimonio Fernández se instaló en el Hotel Edén. Allí pudieron obtener no solo los estadios más jóvenes del desarrollo de la perdiz común sino también de la llamada “perdiz de la sierra” (*Nothroprocta cinerascens*). Para ello viajaron con varios reactivos y sustancias fijadoras para la conservación de los embriones, el equipo fotográfico y seguramente con instrumentos de observación y corte para la observación preliminar de las estructuras embriológicas. Al abrir los huevos, era imprescindible observar los embriones frescos antes de su fijación para poder determinar posteriormente las alteraciones producidas por la conservación y otras manipulaciones. Al igual que Kerr en la estación misionera del Chaco, Fernández pasó en el hotel muchas horas de trabajo y observación de los huevos y embriones para identificar los rasgos normales de aquellos producidos artificialmente por las prácticas histológicas. Seguramente improvisó una especie de laboratorio en su habitación o en otra parte del hotel. En este establecimiento contó con la colaboración de varios amigos para recolectar los huevos de las perdices. En particular, reconoció la ayuda de Ida y Margarita Eichhorn,⁴² las

esposas de los propietarios del hotel, quienes, al ser conocedoras del lugar, deben haber facilitado la información sobre los lugares de posturas de las perdices, la incubación de algunos huevos y la autorización para estas investigaciones, compartiendo charlas en alemán con este matrimonio de científicos. Las excursiones y paseos organizados por los propietarios del hotel, contribuyeron también a la identificación de los nidos y del ambiente de las especies estudiadas.

Sin embargo, Fernández no pudo aprovechar para sus investigaciones todo lo recolectado por sus colaboradores, dado que: “los huevos de perdiz son sumamente susceptibles de sufrir por golpes, etc. en el transporte, por ser su membrana vitelina bastante más delicada que la del huevo de gallina. Llegaba esta susceptibilidad a tal punto que, por ejemplo, en La Falda, el transporte desde los alrededores hasta el hotel, por lo general, bastaba para impedir el desarrollo normal del embrión. Fueron muy escasos, por lo tanto, los embriones aprovechables de las numerosas remesas debidas a la amabilidad de varios amigos”.⁴³

El problema del transporte era crucial en las investigaciones embriológicas, no solo por los golpes que podían experimentar los embriones sino también por la rapidez del desarrollo de las estructuras embrionarias. El trabajo en el hotel de las sierras, cerca de los lugares donde las perdices ponían sus huevos, permitió obtener estadios tempranos, facilitado por los huéspedes amigos y el conocimiento de las dueñas del hotel sobre las aves de la zona, empleadas para el consumo o la caza deportiva. Fernández analizó cerca de tres decenas de embriones útiles para reconstruir la secuencia de desarrollo de esas “perdices” y discutir posibles relaciones filogenéticas de este grupo de aves.

Paralelamente, la estadía en el Hotel Edén fue aprovechada para estudiar la reproducción y las especies de batracios de la zona, permitiendo su posterior comparación con las especies de La Plata y de otras regiones. El matrimonio Fernández logró llevar vivas algunas larvas hasta La Plata y criarlas hasta la fase adulta en los acuarios del Museo y en su casa. Esta investigación fue llevada a cabo por Kati Fernández, quien contó además con varios colaboradores de lengua alemana que le enviaron observaciones, fotografías y huevos de ranas y sapos.

El matrimonio Fernández continuó visitando las sierras cordobesas en el verano, época de las largas vacaciones académicas y también de la reproducción de los organismos estudiados. Sin embargo, no hay indicios de que volvieran al hotel de la Falda, sino a Alta Gracia, otra zona de las sierras cordobesas que se consolidó turísticamente por esa época y que contaba igualmente con un cómodo acceso en ferrocarril. En particular, sus observaciones refieren al lugar denominado “La Granja”, una pensión de esa localidad bastante promocionada turísticamente. Ese lugar también fue visitado por el otro profesor de zoología del museo platense, el alemán Carlos Bruch (1869-1943), combinando ahí las vacaciones familiares con investigaciones entomológicas.⁴⁴ En 1927, el matri-

monio Fernández se mudó a Córdoba, donde Fernández asumió como profesor en la Universidad Nacional de Córdoba. Se instalaron en una casa de campo en Alta Gracia, donde continuaron criando diversos animales, estudiando sus comportamientos y recibiendo exalumnos y científicos, entre ellos, un físico alemán, antiguo profesor de La Plata, al que ayudaron a escapar del nazismo.

El Hotel Edén, en cambio, se volvería un centro de propaganda y celebración del régimen nacionalsocialista.⁴⁵ Con la prosperidad alcanzada por el hotel durante la Gran Guerra, en la posguerra los Eichhorn viajaron frecuentemente a Alemania, entrando en contacto con Hitler y ayudando en la financiación de su campaña. De hecho, para 1945 se temía que Hitler se refugiara en La Falda. El hotel fue intervenido y luego devuelto a sus dueños en 1947, siendo vendido inmediatamente. Atravesó problemas económicos y finalmente cerró en 1965. Abandonado y saqueado por décadas, fue adquirido en 1998 por el municipio de La Falda, declarándose Monumento Histórico.⁴⁶ Sus ruinas, historia y los vínculos con el régimen nazi son parte de las visitas guiadas y el turismo de la zona.

La estancia “Juan Jerónimo”

Las estancias rioplatenses fueron un espacio frecuentado por los zoólogos, tanto locales como extranjeros, para realizar estudios biológicos y del comportamiento animal, especialmente para la observación de aves y sus hábitos reproductivos. En estas grandes extensiones de tierra, con poca población y dedicadas a la ganadería, se coleccionaron fósiles, plantas, insectos, huevos, piezas arqueológicas e históricas, datos climáticos y de la avifauna.⁴⁷ Tal como muestran las crónicas de naturalistas viajeros y los informes de los científicos locales, las estancias fueron sitios importantes en la producción y circulación de información y colecciones en gran parte del siglo XIX y principios del siglo XX. Por ejemplo, la estancia “los Yngleses” de la familia escocesa Gibson, uno de los criaderos más importantes de ovejas Lincoln en la década de 1880, se destacó por sus registros meteorológicos desde 1828⁴⁸ y las observaciones de la avifauna local de Ernest Gibson (1855-1919), publicadas en *The Ibis*, la revista de la Unión Ornitológica británica, entre 1878 y 1880 y luego entre 1918 y 1920.⁴⁹ Esta estancia, ubicada en la zona del Tuyú, abarcó una gran área entre la costa de la bahía de Samborombón y el interior de la provincia de Buenos Aires, con llanuras de pastoreo, cañadas, bañados y arboledas “que sirven de hogar á millares de nútrias, flamencos, cisnes, patos, ‘viudas locas’, y muchísimos pájaros acuáticos”. Unas 4.856 hectáreas inservibles para el pastoreo quedaron como una especie de reserva natural de plantas autóctonas

y diversos animales.⁵⁰ La residencia de los Gibson estaba bien ubicada para observar los pájaros residenciales y migratorios,⁵¹ siendo un lugar recurrentemente visitado por ornitólogos aficionados y profesionales tanto del país como de Estados Unidos y Gran Bretaña, aún después de la muerte de ese ornitólogo aficionado. La estancia contó con una gran casa de los propietarios y otras construcciones de material para alojamiento de los peones, cocina, escritorio y almacenes, así como un pequeño edificio erigido por Ernest Gibson como gabinete de estudio y museo. Para 1936, sus colecciones se conservaban en un salón de billar en “los muebles en que las guardaba con verdadero cariño de aficionado, encontrándose en sus cajones algunos huevos y el aparato para medirlos y sobres con mariposas con inscripciones de su propia mano”.⁵² Los ornitólogos visitantes también dispusieron de una pequeña cabaña en la costa para alojarse y un mirador hecho con partes de un barco naufragado para hacer observaciones y fotografías.⁵³

Los dueños de estancias solían invitar a los naturalistas a pasar unos días en su propiedad rural, para charlar y compartir observaciones en el campo, mientras los científicos aprovechaban las comodidades y facilidades que ofrecían estos lugares para sus estudios y colecciones.⁵⁴ Las residencias campestres constituyeron un lugar de conversación sobre las cosas de la naturaleza e intercambios de saberes y favores. La colaboración podía continuar más allá de la visita con atenciones de ambas partes: el envío de especímenes o de publicaciones, la dedicatoria del nombre científico de una especie o la intermediación para visitar otros lugares, ya sea estancias vecinas o de familiares o conocidos. Los estancieros, con más cercanía a los círculos políticos y empresariales que los científicos, podían ser importantes contactos para buscar apoyo logístico o económico para la ciencia.

A fines del siglo XIX, la mejora de los caminos y los sistemas de transporte facilitaron el acceso a las estancias alejadas de la ciudad y el uso de estos lugares como residencia de verano de las élites.⁵⁵ Veranear o pasar una estadía en la estancia se puso de moda y se construyeron hermosas residencias a cargo de destacados arquitectos ingleses, con grandes parques y jardines diseñados, muchos de ellos por el paisajista francés Carlos Thays (1849-1934). Se erigieron estanques y lagunas artificiales, pajareras y parques zoológicos, fomentando el interés por la horticultura, la ornitología, la cría de animales silvestres y la historia natural como un pasatiempo campestre o como un interés coleccionista más serio y continuado en la ciudad. Algunos estancieros invirtieron una considerable fortuna en formar colecciones científicas privadas bien preparadas y documentadas, siguiendo los parámetros más modernos promovidos en los manuales de historia natural y de arqueología, algo no siempre fácil de emular por los museos estatales debido a falta de recursos y personal.

La estancia “Juan Gerónimo”, al igual que “Los Yngleses”, llegaba hasta la costa, al norte de la Bahía de Samborombón, y presentaba una gran biodiversidad. Constituyó un sitio de observación de aves acuáticas y otros animales, visitada por los zoólogos del Museo de La Plata. Estaba ubicada a unos 170 km al sudeste de Buenos Aires y a una hora en tren desde La Plata. Hacia 1913, por empeño de su propietario el ferrocarril extendió su ramal hasta esa zona, creándose tres nuevas estaciones, incluida la denominada Monte Veloz, en el terreno de esta estancia. Pertenece a Benjamín Muniz Barreto (1876-1933) y María Luisa Tornquist Altgelt (1880-1954), un matrimonio que unía dos acaudaladas familias de la época. En 1901 la firma Estancias y Colonias Tornquist S. A. había adquirido unas 10.365 hectáreas de tierras en el partido de Magdalena, que heredó María Luisa, hija del financista Ernesto Tornquist, uno de los más ricos empresarios de la Argentina de 1900. El matrimonio Barreto-Tornquist creó ahí la estancia “Juan Gerónimo”, con un parque proyectado por Carlos Thays en 1909, un lago artificial, invernaderos, invernáculos y almácigos para las aficiones florísticas de María Luisa. Su esposo se encargó de la administración, importando razas nuevas de animales y convirtiéndola en una estancia modelo en la década de 1920.⁵⁶

Los hermanos Barreto heredaron grandes extensiones de tierra en las provincias de Córdoba y Buenos Aires y el afán coleccionista de su padre brasileño Jarbas Alves Muniz Barreto (1835-1899), quien reunió pinturas, esculturas y muebles antiguos en su casona en Buenos Aires, donde sus hijos crecieron jugando en el jardín zoológico y el museo doméstico así como coleccionando en las estancias de la familia. La pasión por el armado de colecciones y los animales fue mantenida por los hermanos Barreto, quienes asumieron la administración de los negocios familiares, creando la Corporación Argentina del Aberdeen Angus, participando activamente en la Sociedad Rural Argentina y colaborando con los museos estatales.⁵⁷ También fueron miembros de la Sociedad Ornitológica del Plata, una asociación creada en 1916 e integrada por personal de las instituciones científicas, aficionados, oficiales navales, estancieros, sus esposas y hermanas, y maestras, entre los diversos orígenes sociales y geográficos de sus miembros.

Benjamín M. Barreto se destacaría por sus colecciones arqueológicas peruanas y del norte argentino, asesorado inicialmente por el director del Museo de La Plata, Samuel A. Lafone Quevedo, quien estaba lejanamente emparentado con su familia.⁵⁸ Entre 1919 y 1929 financió expediciones arqueológicas al noroeste de la Argentina para su museo particular, contratando ingenieros topógrafos, asistentes, dibujantes y supervisados por el arqueólogo Salvador Debenedetti, director del Museo Etnográfico de Buenos Aires.⁵⁹ Fue miembro de la Société des Américanistes de Paris e integró una sucursal local de esa asociación formada hacia 1925. Sus colecciones, como las de su hermano Gustavo, se

mencionan en el *Annuaire de la Curiosité des Beaux-Arts et de la Bibliophilie*, una revista francesa de arte antiguo y destinada a aficionados, coleccionistas, anticuarios y especialistas. El llamado “Museo Barreto”, que también incluyó algunos animales embalsamados y pieles, ocupó varios salones de su mansión de Buenos Aires. Fue visitado por destacadas figuras de la época, publicitado en la prensa nacional y entre los círculos de americanistas y anticuarios. Estuvo abierto al estudio de los especialistas, al igual que su estancia “Juan Gerónimo”, un lugar de investigación para los zoólogos del Museo de La Plata, quienes homenajearon a Barreto con el nombre científico de algunas especies. Además fue visitado varias veces por el taxidermista de este museo, el alemán Alberto Merkle, tanto para reunir especímenes para esta institución como para preparar ejemplares para el propietario de la estancia.

La estancia “Juan Gerónimo”, al igual que otra que Benjamín M. Barreto tenía en Córdoba junto a la de sus hermanos Gustavo y Francisco, se dedicó a la cría de diversos animales de raza. Formó una cabaña con vacunos Aberdeen Angus e introdujo en 1913 las vacas lecheras Guernsey.⁶⁰ También se dedicó a la reproducción de caballos Percherón, los burros Poitou, los porcinos Berkshire, los ovinos Hampshire Down y Karakul. “Juan Gerónimo” contó, además, con una sección de apicultura y otra de avicultura con gallinas, patos, pavos, palomas, cisnes, gansos y conejos de diversas razas. Comercializaba, asimismo, alimento para aves, miel y sus productos derivados, los peces ornamentales llamados “japoneses”, llamas, alpacas y conchilla, que abundaba en yacimientos de la zona. Tenía un tambo modelo y fabricaba quesos. La estancia llegó a tener unas 35 mil aves de cría, entre ellos faisanes y cisnes australianos, además de las especies autóctonas que eran protegidas de la caza. La producción tendía a proveer a las cocinas de los grandes hoteles, donde sería famoso el “pato Barreto”. Llegaron a trabajar unas 80 personas, disponiendo de comodidades de vivienda, cocina para peones, matera, matadero, carnicería, frigorífico, fábrica de hielo, herrería, taller mecánico, carpintería y otros oficios auxiliares.⁶¹ Allí, Barreto se interesó por aclimatar y reproducir diferentes animales como llamas, alpacas, vicuñas, peces ornamentales y algunas aves exóticas, un interés compartido con sus hermanos. Mientras su esposa, aficionada a la floricultura, se destacó por el cultivo de orquídeas y otras flores exóticas, llegando a ser unas de las primeras socias de la Sociedad Argentina de Horticultura, creada en 1936. Su invernadero fue bastante conocido entre los aficionados botánicos y para recibir visitas había hecho construir un pequeño rincón privado, llamado el “tea-house”: una casita amueblada al estilo inglés, rodeada de talas y una pérgola.⁶²

Barreto mantendría una relación estrecha con el Museo de La Plata colaborando con sus colecciones, por lo menos desde 1908, cuando el mayordomo de su estancia, por su indicación, envía los restos de un cetáceo. Años más tarde

mandará diversos animales para las colecciones del museo y otros para ser preparados y montados para él. Aunque la preparación de piezas para particulares estaba prohibida en el reglamento del museo platense, se hicieron excepciones con este estanciero y sus hermanos. Por su parte, Barreto permitió que el ingeniero checo Wladimir Weiser (1878-1926), a quien pagaba para dirigir las excavaciones arqueológicas en el norte argentino, reuniera colecciones y observaciones zoológicas para los científicos del Museo: Carlos Bruch, Miguel Fernández y su esposa. En 1919, ambos zoólogos, por invitación de Barreto, pasaron unos días en su estancia. En enero, Bruch se dedicaría a coleccionar insectos, hallando una nueva variedad de hormiga (*Stigmatomma elongatum barretoii*), a la cual dedicó el nombre científico “al señor Benjamín M. Barreto, en reconocimiento de las múltiples atenciones recibidas durante mis investigaciones en la estancia de su propiedad”.⁶³ Este zoólogo entabló una larga amistad con este estanciero, homenajeándolo posteriormente con la denominación de dos nuevas especies de coleópteros (*Metopiosoma barretoii*⁶⁴ y *Holoparamecus barretoii*⁶⁵) hallados en esa estancia.

En noviembre de 1919, Miguel Fernández pasó unos días ahí, compartiendo paseos con Barreto hasta una laguna donde nidificaban varias aves acuáticas. Fernández se dedicó a estudiar y fotografiar los pichones de la llamada cigüeña criolla o americana (*Ciconia maguari*), de las cuales había más de dos docenas de nidos con crías en diferentes etapas de desarrollo.⁶⁶ Barreto le permitió conservar algunos pichones en estado avanzado, que luego se prepararon en el museo platense. El estudio de Fernández se basó en gran parte en fotografías tomadas en los nidos y la consulta de las colecciones del museo, analizando los cambios morfológicos externos en el crecimiento de estas aves. Analizó las transformaciones en el plumaje y los colores y, comparando con lo que se conocía de las cigüeñas europeas, planteó algunos interrogantes filogenéticos sobre los colores de estas aves.

La estricta prohibición de cazar y la protección de la fauna autóctona establecida por Barreto en su campo no favorecieron las investigaciones embriológicas tradicionales basadas en el corte y la fijación de muchos ejemplares de huevos y formas juveniles para analizar la morfogénesis interna. Por entonces, los movimientos conservacionistas de las aves y la cámara fotográfica estaban modificando las prácticas de campo de la zoología, desplazando la formación de grandes colecciones de especímenes físicos hacia la de conjuntos de datos reunidos sin necesidad de matar y conservar el organismo.⁶⁷ En la estancia de Barreto, Fernández aprovechó la estadía para dedicarse “al sport, poco conocido entre nosotros, pero muy difundido en Inglaterra, Norteamérica y Alemania, de sacar fotografías de los animales indígenas en sus ambientes naturales”.⁶⁸ Este naturalista reconoció que gracias a la supresión de la caza se observaban ahí

muchas aves de la provincia y pájaros cantores de La Plata y Buenos Aires, como los cardenales y cabecitas negras que casi habían desaparecido en esas ciudades.

Fernández describió este predio como un “verdadero paraíso animal” comparable con la célebre Askania-Nova,⁶⁹ una finca de la familia Falz-Fein en Crimea, donde, junto a la cría de ovejas y caballos, a fines del siglo XIX se organizó un parque de aclimatación zoológica con caballos Przewalski, avestruces, bisontes, antílopes, cebras, llamas y muchas aves, junto con un jardín botánico con especies traídas de diferentes partes del mundo. Desde 1888, Askania-Nova (en ucraniano Асканія-Нова; en ruso Аскания-Нова) constituyó una reserva natural de estepas, con una historia atravesada por las devastaciones ocasionadas por las guerras y la Revolución rusa. Cuando este zoólogo escribía su artículo y celebraba esa comparación no conocía la suerte de ese predio, confiscado por el Ejército Rojo en 1919, su dueña asesinada y sus descendientes refugiados en Alemania. En 1922, Askania-Nova fue dividida y convertida en cooperativas agrícolas, manteniendo un núcleo de reserva natural que en 1956 pasó a depender de la Academia de Ciencias de Ucrania, funcionando como un instituto de investigación de animales esteparios. Desde 1985 integra la Red Mundial de Reservas de la Biosfera de la Unesco al igual que parte de las tierras de la estancia “Juan Gerónimo”, incluidas en la Reserva-parque costero del sur.

La crisis de 1930 afectó los negocios de Barreto. Las expediciones arqueológicas fueron suspendidas y se debió vender el campo de Córdoba y unas 7.000 hectáreas de “Juan Gerónimo”. Su colección arqueológica fue ofrecida en venta y depositada en el Museo de La Plata y, tras varias negociaciones, el Gobierno nacional terminó comprándola en 1934. Barreto falleció antes, el 28 de agosto de 1933, habiendo estado colaborando hasta último momento con las investigaciones ictiológicas del nuevo jefe del Departamento de Zoología de vertebrados del museo platense, Emiliano Mac Donagh (1896-1961). Cuando este zoólogo visitó la estancia a principios de 1933, Barreto, aficionado a la pesca, le proveyó mucha información sobre los peces de la costa cercana y del lago artificial de su estancia. Después de la visita, Barreto dirigió una salida de pesca para conseguir una rara corvina roja buscada por Mac Donagh, quien como homenaje póstumo le dedicó el nombre científico (*Micropogon barretoi*), hoy considerada como la corvina rubia (*Micropogonias furnieri*) común de estas costas.

Por su parte, María Luisa Tornquist de Barreto y su único hijo, Benjamín, continuaron al frente de la estancia, lograron recuperar 1.050 hectáreas, hasta tener 4.370 hectáreas. A mediados de la década de 1930, las canteras de conchilla fueron un recurso importante de este establecimiento, requerido para los caminos vecinales y la construcción de la ruta 11.⁷⁰ Al terminar el siglo XX, bajo la administración de los nietos se abriría al turismo rural y a la moda del

hospedaje en antiguos cascos de estancias. La historia de estos lugares se volvería un plus para este nuevo tipo de explotación, que reemplaza o complementa la tradicional actividad ganadera de las estancias.

Consideraciones generales

En este trabajo se revisaron tres tipos distintos de emplazamientos que aportaron la logística necesaria para los estudios embriológicos y otras investigaciones zoológicas en la región del Río de la Plata a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX. Esto incluyó el alojamiento, el transporte y las personas conocedoras de los sitios y la época de reproducción de los animales del lugar, los cuales actuaron como proveedores o guías en la búsqueda de los ejemplares de estudio. Fueron lugares privados, con sus propias reglas de acceso y comportamiento, no controlados por las instituciones académicas, pero donde los naturalistas pudieron reunir colecciones y observaciones. Muchos especímenes zoológicos tienen etiquetas con los nombres de localidades que remiten a los puestos misioneros, estancias, hospedajes, estaciones telegráficas o ferroviarias que existieron en el pasado, pero cuya toponimia hoy se ha perdido en los mapas actuales. Las investigaciones históricas pueden ayudar a los zoólogos a ubicar esas áreas y los contextos de recolección, aportando datos para analizar la distribución de los animales en el pasado.

Por otra parte, los casos analizados son algunos ejemplos de los lugares de encuentro y conversación entre científicos y personas que realizaban observaciones de su entorno de forma complementaria a sus actividades misioneras, ganaderas, a la atención de huéspedes o simplemente a la búsqueda de animales para comer. En esas charlas e interacciones, pudieron entrelazarse distintos saberes científicos, prácticos y de la experiencia dada por residir en el lugar. Allí, los residentes podían volverse agentes activos de la ciencia, no solo participando en la recolección de objetos y datos sino también en la interpretación de fenómenos.

Estos sitios, además, constituyeron nodos en las redes de intercambio de especímenes e información, que continuaron actuando más allá de la presencia del científico, participando del flujo de datos, especímenes y favores en varias direcciones. Como se intentó analizar con estos ejemplos, y como también muestran otros casos presentados en este dossier, existe un amplio rango de lugares—no siempre contemplados por la historia de la ciencia—de socialización y de prácticas científicas, que atrajeron y conectaron a personas de diferentes profesiones, estatus sociales y género, fomentando quizás nuevas vocaciones o aficiones por la historia natural.

Notes

Este trabajo forma parte de los proyectos PIP 2647-CONICET y PICT 2020 – 3693 de la Argentina y ha recibido financiación del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea a través del acuerdo de subvención Marie Skłodowska-Curie N° 101007579, proyecto RISE SciCoMove (Scientific Collections on the Move. Provincial Museums, Archives, and Collecting Practices, 1850-1950) (scicomove.hypotheses.org), dirigido por Nathalie Richard e Irina Podgorny. Agradezco a estas investigadoras la invitación a participar de este número y también los comentarios de los evaluadores anónimos que ayudaron a repensar este artículo.

1. Anne Secord, “Science in the Pub: Artisan Botanists in Early Nineteenth-Century Lancashire”, *History of Science*, 32: 3 (1994), pp. 269–315.
2. Susana V. García e Irina Podgorny, “Los pilotos del Río Negro y las escorias de la Patagonia”, en Miruna Achim e Irina Podgorny (eds.), *Museo al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870* (Rosario: Prohistoria, 2014), pp. 127-156.
3. Helen Rozwadowski, “Small World: Forging a Scientific Maritime Culture for Oceanography”, *Isis*, 87: 3 (1996), pp. 409-429; Antony Alder, “The Ship as Laboratory: Making Space for Field Science at Sea”, *Journal of the History of Biology*, 47: 3 (2014), pp. 333-362.
4. Susana V. García, “La industria ballenera y los museos argentinos en la década de 1920”, en Susana V. García (ed.), *En el mar austral: la historia natural y la explotación de la fauna marina en el Atlántico Sur* (Rosario: Prohistoria, 2021), pp. 161-182.
5. Ver el trabajo de Irina Podgorny y Nathalie Richard en este número.
6. Sobre la morfología animal y embriología en las universidades alemanas, ver: Lynn Nyhart, *Biology Takes Form. Animal Morphology and the German Universities 1800-1900* (Chicago: University of Chicago Press, 1995).
7. En el último tercio del siglo XIX, se crean los laboratorios marinos y estaciones biológicas en Europa y EEUU, facilitando las investigaciones zoológicas en sitios diseñados para el trabajo científico en el borde del mar, en ambientes lacustres y otros entornos naturales. Poco se conoce sobre este tipo de espacio en América del Sur, donde parecieron más difíciles de crearse y mantenerse. Para un panorama general sobre las “estaciones de campo” en EEUU y Europa en la transición del siglo XIX al siglo XX, ver: Robert E. Kohler, *Landscapes and Labscapes: Exploring the Lab-Field Border in Biology* (Chicago: University of Chicago Press, 2002) y Raf de Bont, *Stations in the Field: A History of Place-Based Animal Research, 1870-1930* (Chicago/London: University of Chicago Press, 2015).
8. El papel de las infraestructuras de comunicación y transporte en la historia de las ciencias de América del Sur ha sido tratado en un número especial de la revista *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 15: 3 (2008), también en los trabajos de Irina Podgorny.
9. La noción de “campo” ha sido bastante discutida en torno a los sitios y prácticas de investigación y coleccionismo, así como desde las perspectivas del denominado “spatial turn”. Véase entre otros: Henrika Kuklick y Robert E. Kohler, “Introduction”, *Osiris*, 11 (1996), pp. 1-14; David N. Livingstone, “Making Space for Science (Produktion von Räumen der Wissenschaft)”, *Erdkunde*, 54: 4 (2000), pp. 285-96; Kohler, *Landscapes and Labscapes*; Jeremy Vetter, *Field Life: Science in the American West during the Railroad Era* (Pittsburgh: Univ. Pittsburgh Press, 2016); Robert E. Kohler y Jeremy

- Vetter, “The Field,” en Bernard Lightman (ed.), *A Companion to the History of Science* (Malden, Mass.: Wiley, 2016), pp. 282-295; Jeremy Vetter, “The History of Fieldwork”, *Histories*, 2: 44 (2022), pp. 457-465 y Cameron Brinitzer y Etienne Benson, “What is a Field? Transformations in Fields, Fieldwork, and Field Sciences since the Mid-Twentieth Century”, *Isis*, 113: 1 (2022), pp. 108–13.
10. Eric Morales Schmuker, “La South American Missionary Society, los agentes del Estado y las misiones salesianas en los territorios del sur argentino (ca. 1860-1900)”, en Eric Morales Schmuker y Rocío Guadalupe Sánchez (eds.), *Redes, empresas e iniciativas misioneras en América del Sur. Siglos XIX y XX* (Buenos Aires: Teseo Press, 2023), p. 15-38
 11. Alejandro Martínez, “Evangelization, Visual Technologies, and Indigenous Responses: South American Missionary Society in the Paraguayan Chaco”, *International Bulletin of Missionary Research*, 34: 2 (2010), pp. 83-86.
 12. William E. Bemis, Warren W. Burggren y Norman E. Kemp (eds.), *The Biology and Evolution of Lungfishes* (New York: Alan R. Liss, 1987).
 13. Susana V. García, “Tras las huellas de la lepidosirena: animales paradójicos e investigaciones embriológicas en el siglo XIX”, *Revista Brasileira de História da Ciência*, 9: 2 (2017), pp. 176-188.
 14. Albert Günther, *An Introduction to the Study of Fishes* (Edinburgh: Adam & Charles Black, 1880), p. 356.
 15. Richard J. Hunt, *The Livingstone of South America the Life & Adventures of W. Barbrooke Grubb among the Wild Tribes of the Gran Chaco in Paraguay, Bolivia, Argentina, the Falkland Islands & Tierra Del Fuego* (London: Seeley Service, 1933), Paula Seiguer, “Los dilemas del misionero antropólogo: Wilfrid Barbrooke Grubb en Paraguay (1889-1910)”, *Boletín Americanista*, 85 (2022), pp. 191-215.
 16. Hunt, *The Livingstone of South America*, p. 156.
 17. Jan Bohls, “Mitteilungen über Fang und Lebensweise von Lepidosiren aus Paraguay”, *Nachrichten von Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*, 3 (1894), pp. 80-83.
 18. García, “Tras las huellas de la lepidosirena”, p. 182.
 19. Una nota en la revista *Nature* invitando a un naturalista para ese viaje despertó el interés de este joven estudiante de medicina. John Graham Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco* (Cambridge: Cambridge University Press, 1950).
 20. Helen Blackman, “Lampreys, Lungfish and Elasmobranchs: Cambridge Zoology and the Politics of Animal Selection”, *The British Journal for the History of Science*, 40 (2007), pp. 413-437, Roy Macleod, “Embryology and Empire: the Balfour Students and the Quest for Intermediate Forms in the Laboratory of the Pacific,” en Roy Macleod y Philip Rehbock (eds.), *Darwin’s Laboratory: Evolutionary Theory and Natural History in the Pacific* (Honolulu: University of Hawaii Press, 1994), pp.140-165.
 21. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 169.
 22. W. Barbrooke Grubb, *Among the Indians of the Paraguayan Chaco: A Story of Missionary Work in South America* (London: C. Murray & Co., South American Missionary Society, 1904) y *An Unknown People in an Unknown Land: An Account of the Life and Customs of the Lengua Indians of the Paraguayan Chaco, with Adventures and Experiences during Twenty Years’ Pioneering and Exploration amongst them* (London: Seeley, Service, 1914).
 23. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 175.
 24. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 180.
 25. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 179.

26. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 179.
27. Kerr, *A Naturalist in the Gran Chaco*, p. 200.
28. Robert Kohler, “Finders, Keepers: Collecting Sciences and Collecting Practice”, *History of Science*, 45: 4 (2007), pp. 428-454.
29. Alejandro Martínez, “Las etnografías anglicanas del Chaco paraguayo. Antropología, interculturalidad y colonialidad”, en Grupo de Estudios sobre Paraguay, *Actas del VII Taller Paraguay desde las ciencias sociales* (Ciudad del Este, 2014). [HTTP://WWW.GRUOPARAGUAY.ORG/P_MARTINEZ_2014.PDF](http://www.gruoparaguay.org/p_martinez_2014.pdf)
30. Mercedes González Bracco y Santiago Perez Leloutre, “Distinción, descanso y confort: los grandes hoteles como avanzada de la Argentina turística (1886-1914)”, *Claves. Revista De Historia*, 6: 10 (2020), pp.7-35.
31. González Bracco y Perez Leloutre, “Distinción, descanso y confort”, p. 8.
32. Juan Pablo De Toni, *Eden Hotel. El nacimiento de un pueblo* (Córdoba: Editorial eh, 2007).
33. González Bracco y Perez Leloutre, “Distinción, descanso y confort”.
34. Archivo Histórico del Museo de La Plata, caja IMD-42, doc. 87-89, 168.
35. Archivo Histórico del Museo de La Plata, caja IMD-42, doc. 126.
36. Susana V. García, *Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930)* (Rosario: Prohistoria, 2010).
37. Susana V. García, “Especies locales, mercado y transporte en las investigaciones embriológicas: el estudio de la poliembrionía en armadillos a principios del siglo XX”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 15: 3 (2008), pp. 697-717.
38. Nick Hopwood, “Visual Standards and Disciplinary Change: Normal Plates, Tables and Stages in Embryology”, *History of Science*, 43 (2005), pp. 239-303 y “A history of normal plates, tables and stages in vertebrate embryology”, pp. 1-26.
39. Susana V. García, “Miguel Fernández y el proyecto científico-educativo del Laboratorio de Zoología del Museo de La Plata”, *Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, 17 (2004), pp. 97-126, y Susana V. García, “Ni solas ni resignadas: la participación femenina en las actividades científico-académicas de la Argentina en los inicios del siglo XX”, *Cadernos Pagu*, 27 (2006), pp. 133-172.
40. Susana V. García, “Herencia biológica en el discurso de naturalistas argentinos de principios del siglo XX”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejos. (eds.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), pp. 563-599.
41. Miguel Fernández, “Sobre algunos embriones de criptúridos”, *Revista del Museo de La Plata*, 25 (1921), pp. 70-95.
42. Fernández, “Sobre algunos embriones de criptúridos”, p. 71.
43. Fernández, “Sobre algunos embriones de criptúridos”, p. 70-71.
44. Ver el artículo de Alejandro Martínez en este número.
45. Roland C. Newton, *El cuatro lado del triángulo. La “amenaza nazi” en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 1995).
46. Soledad Gil, “Hoteles históricos: del Bristol al Edén, 5 joyas que se perdieron en el tiempo”, *La Nación*, 10 de mayo de 2018.
47. Sobre la recolección de fósiles y las colecciones de historia natural en las estancias y chacras rioplatenses, ver: Irina Podgorny, “Fossil Dealers, the Practices of Comparative Anatomy and British diplomacy in Latin America, 1820–1840”, *The British Journal for the History of Science*, 46: 4 (2013), pp. 647-674; Susana V. García, “La sociabilidad epistolar en las prácticas de naturalistas amateurs: El caso del uruguayo Mariano B. Berro (1838–1919)”, *Revista de Indias*, 81: 282 (2021), pp. 537–565, y el trabajo de

- Irina Podgorny y Nathalie Richard en este volumen. Sobre los registros meteorológicos en esos establecimientos: Estanislao Zeballos, *Descripción amena de la República Argentina. Vol. III: A través de las cabañas* (Buenos Aires: Jacobo Peuser, 1888) y Mónica Saint-Martin, “Registro meteorológico-aficionados”, en Archivo histórico del Museo de La Plata (ed.), *Diccionario Histórico de las Ciencias de la Tierra en la Argentina* (Rosario: Prohistoria, 2016), pp. 335-337.
48. John Gibson, a poco de adquirir estas tierras, instaló un observatorio meteorológico para estudiar las variantes del clima y proteger sus cultivos. Se inició estudiando una gran sequía que arrasó los campos y pastos de Buenos Aires entre 1828 y 1832, luego registró otros episodios de sequías, de grandes lluvias e inundaciones, llevando un registro mensual de la cantidad de agua caída. Las observaciones fueron remitidas a la Sociedad Meteorológica de Escocia. Zeballos, *Descripción amena*, p. 173. Sobre las estancias de británicos en la Argentina, ver: Eduardo José Míguez, *La tierras de los ingleses en la Argentina (1870-1914)* (Buenos Aires, Argentina: Editorial de Belgrano, 1985).
 49. Hacia 1869, el naturalista y escritor anglo-argentino Guillermo (o William) Hudson (1841-1922) permaneció unos días conversando sobre aves con el joven Ernest, continuando luego el intercambio de observaciones por carta, que Hudson, después de instalado en Londres, remitiría a los científicos del British Museum y a las revistas científicas inglesas. A principios del siglo XX, también Ernest Gibson residió en Inglaterra, regresando después de terminar la Primera Guerra Mundial.
 50. Herbert Gibson, *The History and Present State of the Sheep-Breeding Industry in the Argentine Republic* (Buenos Aires: Ravenscroft and Mills, 1893).
 51. “Obituary”, *Ibis*, 62 (2), p. 500.
 52. José A. Pereyra, “Viaje al paraíso de nuestras aves acuáticas”, *El Hornero*, 6 (1937), pp. 466-476.
 53. Alexander Wetmore, *Observations on the Birds of Argentina, Paraguay, Uruguay, and Chile* (Washington: Smithsonian Institution, 1926).
 54. Por ejemplo, una descendiente del escritor Rafael Obligado (1851-1920) mencionaba que este reunía en su estancia “El Castillo”, sobre las barrancas del Río Paraná, a sus compañeros de tertulias en Buenos Aires, acudiendo también el naturalista prusiano Hermann Burmeister (1807-1892), director del Museo de Buenos Aires, quien clasificó insectos dibujados por las mujeres de la familia. María Saenz Quesada, *Los estancieros* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985), p. 303.
 55. Saenz Quesada, *Los estancieros*; Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política 1860-1945* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2005).
 56. Jorge Newton, *Diccionario biográfico del campo argentino* (Buenos Aires: Artes Gráficas Chiesino, 1972).
 57. Fueron siete hermanos: Magdalena, Jarbas, Gustavo, Benjamín, Juana, Antonio y Francisco. Gustavo heredó los cuadros de la colección paterna y se interesó por las colecciones de tejidos y platería andina colonial. Donó piezas al Museo de La Plata y al Museo Histórico y Colonial de la provincia de Buenos Aires, creado en 1923 en la ciudad de Luján. Francisco se inclinó por el arte oriental y también fue un fotógrafo aficionado de los paisajes rurales, mientras su hermano Antonio coleccionaba muebles y libros antiguos, colaborando con el Museo Histórico Nacional. Menos conocido es el interés de estos hermanos por cuestiones zoológicas y la cría experimental de distintas especies en sus estancias. Antonio Pérez-Valiente de Moctezuma, *Colección Gustavo Muniz-Barreto: Platería colonial* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Plantié, 1960);

- Máximo Farro, Susana V. García y Alejandro Martínez, “Expediciones, colecciones y formas de registro. La colección arqueológica Benjamín Muñiz Barreto”, en Irina Podgorny y Tatiana Kelly (eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2012), pp. 125-170. Sobre el museo de Luján: Elida Blasco, *Un museo para la colonia. El Museo Histórico y Colonial de Luján (1918-1930)* (Rosario: Prohistoria, 2011).
58. DA, “Datos sobre la colección Barreto, dictados por Doña María Luisa Tomkinson [sic] de Barreto, 17/V I/1951”.
 59. Luis María Torres, “Las colecciones arqueológicas de Benjamín Muñiz Barreto depositadas en el Museo de La Plata”, en *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II (1934), p. 195-198; María Carlota Sempé, “La colección Benjamín Muñiz Barreto del Museo de La Plata”, en María Carlota Sempé, Susana Salceda y Marta Maffia (eds.), *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño. Antología de estudios antropológicos* (La Plata: Ediciones Al Margen, 2005), pp. 175-182; Farro, García y Martínez, “Expediciones, colecciones y formas de registro”.
 60. Raul L. Carman, *La lechería argentina. Sus comienzos* (Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2014), p. 37.
 61. Yuyú Guzmán, *Viejas estancias en el Pago de Magdalena* (Buenos Aires: Librería Sarmiento, 1985).
 62. Guzmán, *Viejas estancias en el Pago de Magdalena*, p. 45.
 63. Carlos Bruch, “Estudios mirmecológicos”, *Revista del Museo de La Plata*, 26 (1921), pp. 175-211, p. 185.
 64. Carlos Bruch, “Dos nuevos mirmecófilos”, *Physis*, 7 (1924), pp. 227-232.
 65. Carlos Bruch, “Misceláneas entomológicas”, *Notas del Museo de La Plata*, Serie Zoológica, 3: 12 (1938), p. 155-173.
 66. Miguel Fernández, “Los pichones de nuestra cigüeña”, *El Hornero*, 2: 1 (1920), pp. 35-38.
 67. En la Argentina esto se observa en las páginas de la revista *El Hornero*, de la Sociedad Ornitológica del Plata, la asociación naturalista con más miembros por aquel entonces.
 68. Fernández, “Los pichones de nuestra cigüeña”, p. 35.
 69. Fernández, “Los pichones de nuestra cigüeña”, p. 35.
 70. Guzmán, *Viejas estancias en el Pago de Magdalena*.